

NOTAS

CRITICA DE LOS MITOS LATINOAMERICANOS SOBRE EL DESARROLLO Y EL FUTURO PARTIENDO DE LA PROBLEMATICA ECOLOGICA

Por H. C. F. MANSILLA

La preocupación por la problemática ecológica y demográfica y, sobre todo, la conciencia de una grave crisis en estos terrenos son muy recientes. La actividad humana ha conllevado siempre un deterioro de la naturaleza, y desde la Antigüedad se acumulan informes sobre la erosión de suelos y la deforestación de comarcas enteras. La industrialización masiva y los efectos de la moderna sociedad de consumo han multiplicado drásticamente las presiones de todo orden sobre la biosfera, poniendo en peligro los sistemas autorregenerativos de tierra, agua y aire. Desde la segunda guerra mundial ha crecido paulatinamente la atención de científicos y hombres públicos por los abundantes fenómenos de degradación de la naturaleza, pero recientemente a partir de los sucesos en el Medio Oriente en 1973 y de la llamada *crisis de la energía* se ha llegado en las sociedades altamente industrializadas del Norte a una controversia que rebasa los círculos de especialistas y eruditos y que tiene unas incipientes consecuencias políticas. Desde entonces la *ecología* ha adquirido la calidad de una disciplina científica de resonancia pública.

A la estrecha conexión entre una estructura industrial muy desarrollada y la contaminación ambiental se debe que hasta ahora el debate sobre ecología y temas anexos no haya tenido demasiado eco ni haya despertado demasiado interés en América Latina. Sin embargo, la discusión llevada a cabo tanto en círculos académicos como en publicaciones periódicas posee un valor teórico considerable, pues ella permite esclarecer importantes aspectos en el campo de las concepciones e ideologías dominantes en América Latina, aspectos que, por tener una connotación aparentemente obvia, no

han sido objeto de un análisis crítico exhaustivo. A ellos pertenecen las *metas últimas de desarrollo* que postulan las principales corrientes políticas y el *precio* (incluyendo costos humanos y sociales) que están dispuestas a pagar por la consecución de tales objetivos.

Dentro del marco de la discusión ecológica, dos elementos han recibido especialmente atención en los países latinoamericanos:

1) La tesis de un probable agotamiento de los recursos naturales o de una limitación radical de éstos ha producido un malestar generalizado, y su negación por parte de todas las corrientes políticas sirve al fin de asegurar la posibilidad liminar de un desarrollo industrializante comparable al de los centros metropolitanos. El carácter finito del planeta y, por ende, de sus recursos no renovables y las fronteras absolutas que tiene la capacidad regenerativa de los ecosistemas, han sido pasadas por alto o consideradas como una magnitud despreciable por la conciencia intelectual latinoamericana.

2) La tesis de la necesidad de reducir la tasa del crecimiento demográfico y los programas para el control de la natalidad han tropezado con una oposición cerrada y muy generalizada, que ve en esto no sólo la reducción de un importante factor de producción y de poder sociopolítico, sino también un atentado contra la identidad y la sustancia nacionales.

Controversias sobre asuntos demográficos empezaron ya desde 1960 a ser planteadas por la opinión pública de los diversos países (1). En el cuadro del presente estudio no es posible recapitular todas las fases de esta larga y acalorada discusión, máxime si existe una literatura muy amplia sobre la temática. Cuando un presidente de los Estados Unidos mencionó que la mejor ayuda al desarrollo sería aquella para reducir la alta tasa de natalidad latinoamericana, la reacción de casi todos los sectores del espectro político fue de un vehemente rechazo. Desde entonces se puede comprobar una cierta unanimidad en la opinión pública con una marcada tendencia a combatir todo intento de controlar el índice de crecimiento, tendencia que par-

(1) Cfr. NICOLÁS SÁNCHEZ ALBORNOZ: *The Population of Latin America. A History*, Berkeley, University of California Press, 1974; JÜRGEN WESTPHALEN: *Bevölkerungsexplosion und Wirtschaftsentwicklung in Lateinamerika* (Explosión demográfica y desarrollo económico en América Latina), Hamburgo, Übersee-Verlag, 1966; ANGEL FUCARACCIO y otros: *Imperialismo y control de la población*, Buenos Aires, Periferia, 1973; DAVID CHAPLIN (comp.): *Population Policies and Growth in Latin America*, Lexington, Heath, 1971; el número monográfico dedicado a problemas demográficos y ecológicos de CEPAL, *Boletín Económico de América Latina*, vol. XIX (1974), núms. 1/2, y *Revista de la CEPAL*, núm. 12, diciembre de 1980 (dedicado a esta temática).

cialmente se convierte en una posición claramente pronatalista y que engloba tanto a partidarios de un socialismo revolucionario como a fieles seguidores de la doctrina católica. Paralelamente, en la esfera de la economía, de la asistencia social y de la planificación urbanística se van manifestando paulatinamente los agobiantes problemas derivados del crecimiento exponencial de la población, los cuales a su vez están empezando a producir una alteración en la apreciación de las tasas de natalidad, que se refleja en algunas medidas legislativas y administrativas y en las publicaciones eruditas sobre estos asuntos. Este nuevo desenvolvimiento de la controversia no es aún suficiente, sin embargo, para cambiar las pautas generales que rigen en las sociedades latinoamericanas acerca de la evolución demográfica: tanto a nivel de gobiernos y partidos políticos como del comportamiento de las masas —que en este caso es decisivo—, perdura una concepción fundamentalmente contraria a la reducción de los mencionados índices.

La problemática ecológica no ha despertado un interés equivalente a causa del grado comparativamente reducido del desarrollo industrial latinoamericano y de la existencia de ciertos mitos colectivos que sugieren recursos naturales ilimitados y extensiones geográficas tan amplias e inutilizadas, que el riesgo de contaminación ambiental viene a ser visto necesariamente como una *quantité négligeable*. Estas suposiciones colectivas denotan, al igual que las opiniones sobre aspectos demográficos, una validez que traspasa fronteras político-ideológicas y que, a grandes rasgos, produce igualmente la impresión de una cierta unanimidad de pareceres.

Hasta 1970 son muy pocas las contribuciones latinoamericanas al debate ecológico, que estuvo restringido a algunas naciones industrializadas de Occidente —la ausencia de los países socialistas no obedece, por otra parte, a la mera casualidad. Durante el *Simposio de las Naciones Unidas sobre la Desorganización del Medio* (Tokio, 1970) no se registró ningún aporte notable de proveniencia latinoamericana, aunque se trató una cuestión de importancia capital para los países subdesarrollados: la correlación entre el grado de contaminación ambiental y la naturaleza del sistema socioeconómico (2). Recientemente, a partir de 1972 se intensifica la participación latinoamericana en este debate, y hasta sectores considerables de la opinión pública se sienten obligados a tomar posición ante dos acontecimientos de aquel año: la *Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano* (3) en Estocolmo (primer gran congreso internacional y con enorme resonancia publicística sobre temas ecológicos) y la aparición del estudio de

(2) Cfr. *El Correo de la UNESCO*, vol. XXIV, junio 1971.

(3) Cfr. *El Correo de la UNESCO*, vol. XXVI, enero 1973 y julio 1973.

D. L. Meadows, *Limits to Growth* (4). Esta simulación computarizada, que conjuga diferentes variables —tales como crecimiento demográfico, presiones del aparato de producción sobre los ecosistemas, disponibilidad de los recursos naturales— y su interacción mutua, trata de reconstruir hipotéticamente lo que sucederá si los ritmos actuales de crecimiento se mantienen sin variación en los próximos decenios. Las perspectivas que se derivan de este estudio no son, como se sabe, muy halagüeñas y menos aún para los países en vía de desarrollo: colapso ecológico a gran escala, agotamiento de importantes materias primas, descenso generalizado del nivel de vida.

La actitud de los delegados latinoamericanos durante la Conferencia de Estocolmo, la reacción de la opinión pública y las réplicas de la comunidad académica exhiben algunas líneas de argumentación muy similares, cuyo análisis puede esclarecer la esencia de las aspiraciones colectivas con respecto a los paradigmas de desarrollo y la dimensión política de los problemas ecológico-demográficos. En un nivel elevado de abstracción, puede afirmarse que lo central y recurrente en las respuestas latinoamericanas es la reafirmación de la posibilidad de un desarrollo comparable al metropolitano para los países del Nuevo Mundo y de la existencia de todos los recursos necesarios para tal designio, dejando entrever simultáneamente que la confirmación de lo contrario equivaldría al desahucio intolerable de las esperanzas más anheladas. La posibilidad de un desastre ecológico generalizado o de escasez de recursos para alcanzar el desarrollo prefijado aparece entonces como el gran trauma contemporáneo, alternativa que la conciencia intelectual se niega a concebir (5).

Otros momentos comunes de la argumentación han ido surgiendo con la ampliación de la discusión demográfica, especialmente después de la *Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Población Mundial* (6) (Bucarest, 1974), en la cual los representantes latinoamericanos y los de muchas naciones de Asia y Africa expresaron puntos de vista muy semejantes. Entre esos rasgos se hallan la inclinación a ver aspectos positivos y promisorios de progreso en una población numéricamente grande, en correlacionar la

(4) MEADOWS y otros: *The Limits to Growth*, Nueva York, Universe Books, 1972. Cfr. también KLAUS SCHOLDER: *Grenzen der Zukunft. Aporien von Planung und Prognose* (Límites del futuro. Aporías de la planificación y los pronósticos), Stuttgart, 1973.

(5) Cfr. un ejemplo debido a un intelectual muy conocido: JOSUÉ DE CASTRO: «El subdesarrollo, primera causa de la contaminación», en *El Correo de la UNESCO*, vol. XXVI, enero de 1973, pág. 8.

(6) Cfr. *El Correo de la UNESCO*, vol. XXVII, mayo de 1974 y julio de 1974.

potencialidad de una nación con su índice de crecimiento demográfico, en trivializar los problemas derivados de un incremento exponencial de la población y en identificar el prestigio de un Estado con magnitudes cuantitativas como el monto de sus habitantes.

Puede afirmarse que a partir de la llamada «crisis de la energía» la controversia sobre la materia ecológico-demográfica no abandonó los cauces esbozados brevemente: los peligros de la contaminación ambiental no llaman demasiado la atención; la degradación paulatina de la naturaleza, así sea sólo por el incremento vertiginoso de la urbanización, no concita una preocupación pública permanente y de consecuencias prácticas; el posible agotamiento de los recursos naturales es visto como una patraña inventada en los centros metropolitanos. Únicamente el debate acerca del crecimiento poblacional y la necesidad de su control ha trascendido la esfera de la reflexión erudita y encendido una polémica que, si bien nunca ha tenido una importancia de primer orden, permite reconstruir las líneas generales de opinión y las ideas rectoras de progreso y desarrollo subyacentes en aquellas reafirmaciones de la identidad nacional.

Estas pautas generales del debate denotan la semejanza del pensamiento colectivo latinoamericana con el dominante en otras latitudes: la obsesión omnimoda por los aspectos materiales y tecnológico-económicos de la evolución histórica, la inclinación por minimizar y por dejar de lado todos los factores que se revelen como negativos con respecto a los grandes objetivos fijados de antemano y la utilización de las capacidades analíticas para demostrar no sólo la posibilidad de aquellas metas, sino también las perspectivas brillantes que en todo sentido corresponderían a los países del Nuevo Mundo.

De toda la polémica se desprende que la preocupación estrictamente ecológica de la conciencia intelectual latinoamericana queda dentro de una visión parcial de la problemática contemporánea. De acuerdo a ella pueden ser detectados daños específicos en lugares determinados, combatido el malgasto de ciertas tierras, solucionando el agotamiento de algunos recursos y criticada la contaminación de ambientes delimitados; las facultades de esa conciencia sirven asimismo para elaborar soluciones a las grandes catástrofes naturales y para improvisar salidas a las destrucciones de guerras y revoluciones. Pero la idea de que el planeta en cuanto tal pudiese estar en peligro o que la capacidad autorregenerativa de la naturaleza estuviera seriamente amenazada rebasan el marco conceptual mismo y las capacidades imaginativas del pensamiento instrumentalista y parcializante que predomina en el mundo contemporáneo. También en América Latina este modo generalizado de pensar confía, en el fondo, en la eterna repetición de la

facticidad cotidiana y no puede concebir la envergadura de la vulnerabilidad de nuestra biosfera ni contar con la posibilidad de que las fuerzas regenerativas de la naturaleza se acerquen lenta, pero seguramente a un colapso.

Por estas razones es improbable que las corrientes de opinión dominantes hoy en día se muestren en condiciones de plantear modelos de desarrollo que respeten puntos de vista ecológicos y que incluyan entre sus parámetros principales la disponibilidad sólo de recursos naturales reducidos. Lo más verosímil es que los planes de desarrollo y las concepciones políticas concomitantes excluyan de sus análisis a los elementos ecológicos, conformándose con una extrapolación de la situación actual en materia de contaminación ambiental y capacidad regenerativa de la naturaleza, máxime si poderosos intereses económicos, políticos e ideológicos sugieren incesantemente perspectivas promisorias de ilimitado progreso y dominio del universo, perspectivas que están muy ligadas a los anhelos más profundos y menos racionales de la conciencia colectiva.

La actitud de pasar por alto o combatir los argumentos ecológicos y los proyectos de conservación de la naturaleza tiene entonces un origen perceptible en la consecución acelerada de ciertas metas de desarrollo y en la expansión de instrumentalismo pragmatizado que sirve muy adecuadamente a todo programa que quiera implementar esos objetivos por medios convencionales. La crítica en América Latina y en el Tercer Mundo al estudio *Limits to Growth* ha exhibido ciertas características comunes, que pueden ser reducidas a dos grandes motivos:

- 1.º Nacionalismo económico, anhelo de autonomía de desarrollo, temor de recolonización e insistencia en la modernización masiva y acelerada.
- 2.º Concepción de principios ecológicos y demográficos como limitaciones y frenos al progreso material rápido y como fenómeno privativo de una sociedad ya altamente industrializada.

Todo plan mundial de conservación de recursos naturales y de protección efectiva a los ecosistemas de la biosfera suscita la desconfianza de la conciencia intelectual en el Tercer Mundo porque ve en él varios peligros: bajo el pretexto de política ecológica-conservacionista los centros metropolitanos podrían representar una amenaza para las periferias mundiales al cercenarles su autonomía económica y al reservar para sí la disponibilidad de los recursos naturales. En el Tercer Mundo se teme que si se implementa un plan así, los países subdesarrollados tendrían que llevar a cabo una política demográfica restrictiva y otra tecnológico-económica de enorme modestia. El respeto a los planteamientos ecológicos se traduciría en la realidad por una consolidación de la actual división del mundo en países industrializados y

subdesarrollados y en una agudización de las diferencias entre naciones ricas y pobres (7).

La conciencia intelectual del Tercer Mundo no ha permanecido en esta argumentación proclive a sus intereses, sino que ha pasado a responsabilizar exclusivamente a los centros metropolitanos por todas las perturbaciones ecológicas del planeta y a exculpar toda acción propia en este terreno. En este sentido es muy instructiva la *Resolución número 2.849 de las Naciones Unidas*, introducida por el delegado del Brasil, apoyada por las representaciones del Tercer Mundo y aprobada por la Asamblea General por una mayoría abrumadora (contra los votos de los Estados Unidos y Gran Bretaña) el 20 de diciembre de 1971, cuyos principales enunciados son:

a) La contaminación ambiental a escala mundial es causada ante todo y principalmente por los países altamente industrializados, los que deben tomar a su cargo el financiamiento de medidas de corrección.

b) Se debe respetar totalmente el derecho soberano de cada país de determinar sus prioridades económicas y políticas y sus estándares de protección ambiental a nivel nacional. Especialmente se debe reforzar el derecho soberano a disponer sobre los recursos naturales.

c) Se deben estudiar las repercusiones que una política de protección ambiental en las naciones industrializadas podría tener con respecto a las posibilidades de desarrollo de los países periféricos, como por ejemplo reducción de la ayuda exterior y obstáculos al comercio internacional.

En esta argumentación y en la mayoría de las manifestaciones latinoamericanas sobre esta temática, se destaca una fuerte tendencia a suponer que la fuente de todos los problemas ecológicos reside en los centros metropolitanos, disminuyendo así necesariamente la magnitud de la propia responsabilidad en este campo. Esta ideología exculpativa hace aparecer en una luz más inocente sucesos dentro del marco de las responsabilidades nacionales,

(7) Cfr. algunas de las muchas críticas publicadas contra *Limits to Growth*; WILLEN L. OLTMANS: «Die Grenzen des Wachstums». *Pro und contra* («Los límites al crecimiento». Pro y contra), Reinbek, Rowohlt, 1974; AURELIO PECCEI/MANFRED SIEBKER: «Die Grenzen des Wachstums». *Fazit und Folgestudien* («Los límites al crecimiento». Resumen y estudios posteriores), Reinbek, Rowohlt, 1974, y HANS MAGNUS ENZENSBERGER: «Zur Kritik der politischen Ökologie» (Crítica a la ecología política), en *Kursbuch*, núm. 33, octubre 1973, págs. 1-40.

Para una controversia directa de la teoría de la dependencia con el Club de Roma, cfr. HELIO JAGUARIBE: «El equilibrio ecológico mundial», en *Pensamiento Político*, vol. XII, núm. 46 (febrero 1973), págs. 235-254, donde el autor expone sus tesis principales: no se pueden aseverar generalizaciones sobre la situación económica mundial, no hay una sobrepoblación natural y todo estudio como el del Club de Roma es neomalthusiano y, por tanto, digno de poco crédito.

tales como la tala de bosques, la erosión y los daños infligidos por la acción de una población densa y una agricultura intensiva. La protección a los ecosistemas internos se revela como algo subordinado a las prioridades económicas y políticas; se teme que las medidas respectivas afecten a los sagrados intereses de la balanza de pagos y del comercio exterior (8). Por último, se da por obvio que el análisis científico debe estar al servicio de las prioridades políticas y fundamentar con su instrumentario propio las decisiones tomadas por los gobiernos o los partidos.

Esta dependencia de la reflexión científica con respecto al decisionismo político no puede ser considerada como ejemplar o progresista. La preservación de los recursos naturales y la protección a los ecosistemas de la biosfera poseen una dignidad superior en el orden de las cosas que los proyectos de desarrollo acelerados, por más necesarios que éstos parezcan y por más profundos que sean en igual sentido los anhelos populares. La conservación del equilibrio ecológico y la preservación de los recursos naturales constituyen elementos básicos e imprescindibles para la evolución de la humanidad en el futuro: sin ellos las generaciones venideras se verán confrontadas con un verdadero proceso de regresión histórica, al quedar distorsionado y empobrecido el fundamento mismo de la civilización. Por otra parte, las argumentaciones proclives al equilibrio ecológico denotan una racionalidad a largo plazo, que respeta los derechos inmanentes de la naturaleza y que contribuyen a una relación de armonía entre ella y el hombre (y no una relación de mera explotación), contrapuesta a la racionalidad instrumentalista y de corto aliento de la mayoría de los modelos de industrialización y modernización masivas.

El peso principal de los argumentos ecológicos estriba en la objetividad de sus enunciados: es verdad que no pocos estudios de la temática ecológica han sido realizados para ilustrar tesis dictadas *a priori*, pero la mayoría de ellos y los más serios coinciden en señalar el estado de deterioro de los ecosistemas y la situación precaria de los recursos naturales. La crítica tercermundista a estos estudios rechaza de manera indiscriminada todo el carácter

(8) Un ejemplo de esto es la actitud de los delegados de países de Asia, Africa y América Latina a los grupos de trabajo preparatorios de la Conferencia sobre el Medio ambiente de Estocolmo. En el grupo sobre polución marítima los delegados en cuestión se opusieron a un muestreo de los agentes de contaminación a llevarse a cabo por representantes de las naciones desarrolladas, aduciendo que toda investigación de ese tipo implementada por los países del Norte produciría un método ulterior de controlar el comercio exterior y hasta de fomentar el proteccionismo. Cfr. BARBARA WARD/RENÉ DUBOS: *Only One Earth. The Care and Maintenance of a Small Planet*, Harmondsworth, Penguin, 1973, pág. 283.

objetivo de sus conclusiones y postula un concepto de ciencia subordinado a decisiones político-ideológicas que necesariamente significa una recaída en posiciones dogmáticas ya superadas por la historia de la ciencia y del pensamiento. La aspiración muy legítima por una amplia autonomía de desarrollo y por gozar de las ventajas más que evidentes que conlleva la civilización industrial no puede (o no debería) conducir a pasar por alto premeditadamente importantes parámetros informativos y a elaborar un panorama falso, pero de tonos optimistas acerca de los recursos naturales.

La envergadura de la problemática ecológico-demográfica ha sido descrita y analizada en innumerables obras en los últimos años. Algunos puntos mencionados en esta literatura muestran las dificultades y aporías que tienen que afrontar los diversos ensayos de subordinar el análisis ecológico-demográfico a las necesidades políticas.

La presión general sobre el medio ambiente no aumenta en forma estrictamente proporcional al incremento poblacional, sino de manera más acelerada: bajo un aprovechamiento exhaustivo de los recursos se necesitaría un esfuerzo mayor para conseguir un rendimiento igual, especialmente en la agricultura y la minería. Ni la superficie utilizable para la producción agrícola ni la productividad por hectárea son susceptibles de ser elevadas infinitamente. Los intentos de alcanzar una productividad general agropecuaria en ascenso continuo conducen a desequilibrios ecológicos muy serios y hasta irreversibles después de trascendido cierto límite, como erosión, disminución de la variabilidad genética y salinización de los suelos. Los procesos industriales en general y muchas actividades del hogar en las grandes urbes se nutren de grandes cantidades de energía; las fuentes para estas últimas (petróleo, uranio, carbón, etc.) son limitadas, y por más extensos que sean los yacimientos correspondientes, algún día, ya no muy lejano, estarán agotadas. Las fuentes de energía pueden ser reemplazadas por otras, por lo menos en la teoría, pero en la praxis no se han encontrado aún procedimientos adecuados y rentables. La industria depende igualmente de la utilización de materias primas que, como los metales, tienen carácter no renovable. Al ritmo actual y a pesar de todos los procedimientos de reemplazo y reciclamiento, se puede prever ya la probabilidad de su agotamiento. Los métodos modernos de producción exigen un consumo hidráulico muy elevado, que ya no puede ser satisfecho enteramente por los ciclos naturales del agua, y que obliga a usar cada vez más las reservas subterráneas. Esto lleva ineludiblemente a perturbaciones en el ecosistema hidráulico y a transformaciones climáticas.

Las muy variadas dificultades para la formulación adecuada de los fenómenos ecológicos y para la verificación de las hipótesis correspondientes

proviene, en último caso, del hecho de que estos factores desenvuelven su actividad en medio de una interdependencia muy complicada, siendo extremadamente difícil el aislarlos como unos asuntos fundamentalmente autónomos. Y esta dificultad vale asimismo para la mayoría de las soluciones que son propuestas para abreviar la crisis ecológica, ya que las medidas tomadas para combatir uno de los factores puede conducir a que otro acentúe su radio de acción. Tratándose de subsistemas combinados entre sí por medio de vínculos complicados y cambiantes, resulta obsoleto todo análisis que intente «descubrir» las causas aisladas de cada uno de los aspectos de la contaminación ambiental y que proponga soluciones también individuales para cada uno de los momentos de la crisis ecológica; un procedimiento de este tipo no está habilitado para captar la complejidad que caracteriza precisamente la esencia de esta problemática y recaería necesariamente en un nivel argumentativo que ya ha sido superado por la discusión científica.

La crítica tercermundista y latinoamericana al pensamiento ecologista y a los planes incipientes para la salvaguardia de la naturaleza ha partido desde posiciones instrumentalistas y ha tenido hasta ahora el carácter de una apología de programas políticos; la racionalidad a largo plazo y la complejidad policausal no parecen ser, por lo menos hasta ahora, los fuertes de aquellas vindicaciones del desarrollo acelerado. Las observaciones latinoamericanas sobre la situación favorable de los recursos naturales o acerca de la densidad poblacional aparentemente baja se refieren, en la mayoría de los casos, a factores aislados y a parámetros sencillos, dejando de lado la compleja totalidad del problema. Este procedimiento puede tener consecuencias graves al juzgar separadamente unos fenómenos como la densidad o la contaminación en centros urbanos latinoamericanos, que considerados aisladamente no representan aún un peligro inminente. La peligrosidad de procesos a largo plazo y los desequilibrios que nacen de la multiplicación de sobrecargas (todas ellas consideradas como convencionales) permanecen fuera de la óptica y de la comprensión del pensamiento predominante. Este es igualmente incapaz de analizar uno de los momentos más difundidos entre la larga lista de los desequilibrios ecológicos: la repetición incesante de un fenómeno puede producir repentinamente un efecto nuevo al traspasar una magnitud que hace de límite (*threshold effect*); la cantidad puede devenir en calidad. Esta característica es importante especialmente en el campo de los sistemas biológicos y atañe la capacidad de regeneración de los mismos. Estos procesos pueden ser descuidados largo tiempo por los responsables políticos, hasta que sea demasiado tarde. El *efecto sinérgico* presenta las mismas dificultades de comprensión por un pensamiento que reduce el análisis del futuro a extrapolaciones del presente: la acción combinada de dos

filas de efectos puede ser sustancialmente más elevada que la suma de los de las dos cadenas observadas individualmente y tener como resultado una cualidad totalmente nueva. Esta posibilidad se da con frecuencia cuando se conjugan varios agentes contaminadores de naturaleza y duración muy diversos y que reaccionan además con variables de muy diferente origen como ser el incremento poblacional y la reducción de las superficies verdes. Los resultados suelen ser de lo más imprevisto. Por último, los moldes convencionales de pensamiento no dan cabida al llamado *efecto de retardamiento*: cuanto más elevada la aceleración, más largo el trayecto de freno. Magnitudes que crecen exponencialmente (como el consumo de energía, el aumento demográfico, la polución ambiental) pueden ser detenidas sólo después de un período muy extenso de retardamiento; es decir, generalmente cuando ya es demasiado tarde. La frontera crítica no puede ser reconocida habitualmente a causa del largo intervalo de tiempo. En todo caso, la civilización actual se halla en la situación de competencia con el tiempo, aun cuando se logren grandes innovaciones tecnológicas aplicables a este terreno; el optimismo profesional que exhiben las teorías y publicaciones tercermundistas se debe, en parte, a un descuido consciente de la temática o a una falta evidente de comprensión de la envergadura de la misma. El desarrollo de la civilización moderna, con los espectaculares progresos en los órdenes de la medicina y la higiene, ha ocasionado como efecto involuntario el aumento sin precedentes de la población mundial que se registra desde mediados del siglo XIX; paralelamente han crecido las exigencias y las aspiraciones de esa población en un ritmo inimaginable en épocas anteriores. La limitación de los recursos naturales y las consecuencias de la contaminación a gran escala hacen aparecer, sin embargo, como precaria la probabilidad de que la satisfacción de esas exigencias alcancen a todos y cada uno de los habitantes de un planeta sobrepoblado, aún bajo la suposición de un incremento gigantesco de la tasa de producción industrial (9).

Es claro que las reacciones en América Latina a la discusión ecológica internacional han sido matizadas y llenas de detalles sugerentes; ellas contienen también un buen número de aportes críticos a la utilización de argumentos ecológicos por parte de ideologías metropolitanas para entorpecer el desarrollo de las naciones periféricas. Pero dejando al lado algunas con-

(9) Cfr. *El Correo de la UNESCO*, vol. XXVI, junio de 1973; FRANÇOIS DE CLOSETS: *Vorsicht: Fortschritt! Über die Zukunft der Industriegesellschaft* (¡Cuidado: progreso! Sobre el futuro de la sociedad industrial), Frankfurt, Fischer, 1971; PAUL R. EHRLICH/ANNE H. EHRLICH: *Bevölkerungswachstum und Umweltkrise* (Crecimiento poblacional y crisis del medio ambiente), Frankfurt, 1972, y H. M. ENZENSBERGER, *op. cit.*, págs. 1-42.

tribuciones de importancia, la gran mayoría de ellas se destacan por minimizar la envergadura de la crisis ecológica y por presentar un panorama excesivamente optimista acerca del futuro del Nuevo Mundo. Una de las características fundamentales de esta posición consiste, sin duda alguna, en la apología de la industrialización acelerada, que es compartida por tendencias político-ideológicas muy divergentes, y la subordinación de toda argumentación ecológico-demográfica a este objetivo supremo. Esta postura teórica queda reflejada en la actitud de los consultantes provenientes del Tercer Mundo, interrogados para uno de los estudios preparatorios de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente: todos ellos mostraron su preocupación por los efectos negativos de la industrialización, pero veían en ello el único camino para alcanzar un nivel de vida más alto. En su opinión, todo intento de industrialización que prometa una mejor salud pública, que reduzca el desempleo y que suministre más alimentos debe ser antepuesto sobre toda consideración de contaminación futura en el medio ambiente (10). De aquí hay un paso a considerar que medidas protectoras y conservacionistas de la naturaleza son un lujo superfluo que las sociedades subdesarrolladas no pueden permitirse. Esta suposición, que contiene tanto un elemento de justicia social y preocupación por las condiciones de vida de las masas populares como un aspecto pragmatista de corto aliento, reacciona a indagar el precio que se paga por el desarrollo forzado y las consecuencias que éste podría tener para las generaciones futuras. Es como si la conciencia intelectual en América Latina se contentase con alcanzar ahora y aquí los logros y ventajas de la civilización industrial y con repartir los frutos de ella, pero como si simultáneamente cerrase los ojos ante los daños irreparables que se causan a los ecosistemas y ante el saqueo de los recursos naturales, dejando así sin respuesta una cuestión imprescindible e inaplazable: ¿en base a qué podrán gozar las generaciones venideras de los adelantos tecnológicos y sociales, cuando el fundamento material para ello corre el serio peligro de quedar destruido?

La dimensión política de los problemas ecológicos está, por tanto, en estrecho vínculo con los modelos de desarrollo que la conciencia colectiva latinoamericana tiene como objetivo y con la fijación de prioridades en cuanto a fines y medios. Generalizando una posible tendencia mayoritaria, se podría afirmar que los elementos instrumentalistas y utilitarios predominan en todas las concepciones sobre metas de desarrollo, y que de acuerdo a esta predisposición toda la reflexión a largo plazo y la centrada en los aspectos no materiales de la cuestión tiende a ser excluida como «especulativa» y «anti-

(10) WARD/DUBO:, op. cit., pág. 26.

progresista». Por otra parte, la conciencia colectiva identifica muchas veces todo argumento ecologista-conservacionista con intenciones imperialistas de detener el progreso y de poner obstáculos pretendidamente dictados por la ciencia a los proyectos de desarrollo en el Tercer Mundo (11).

La relación entre ecología y política en América Latina está determinada asimismo por una concepción esencialmente optimista sobre las bondades de la evolución económico-tecnológica, concepción no enturbiada aún ni por los excesos del gigantismo urbano-industrial ni por la crítica contemporánea a las consecuencias negativas que también pueden brotar de la investigación científica y del avance tecnológico. En este sentido, la línea todavía influyente al sur del Río Grande exhibe un carácter algo anticuado con respecto al nivel desarrollado en los centros metropolitanos y un marcado dejo de ingenuidad en el plano analítico-reflexivo. No se ha difundido la idea de que la crisis del medio ambiente no tiene un origen «negativo» (plagas, terremotos, dictaduras o escasez), pero sí un «positivo»: la imposición de los designios humanos sobre el entorno natural para el mayor bien del hombre y las consecuencias de las mejores intenciones y de las labores más sofisticadas (como la investigación atómica) de la humanidad (12). La conciencia intelectual latinoamericana carece aún de un elemento de escepticismo histórico, el que es indispensable para comprender que las dificultades contemporáneas provienen *también* de los éxitos (y no de los fracasos) del hombre en la construcción de la civilización industrial (13).

La dimensión política de la crisis ecológica denota así la falta de una conciencia crítica de alcance general, que dirija la atención intelectual, burocrática y técnica no sólo a la esfera de los medios e instrumentos, sino igualmente a la de los fines y metas. Así se pondría en cuestión la función mágica que en América Latina se atribuye al progreso económico-tecnológico, del cual se espera la solución para todos los problemas de la región: esto contribuiría a someter los objetivos mismos de desarrollo y las proyecciones demográficas basadas en la suposición del espacio ilimitado y del incremento

(11) Cfr. algunos testimonios de una posición crítica contrapuesta a la esbozada aquí, pero que no posee gran popularidad: IGNACY SACHS: «Ecodesarrollo: un aporte a la definición de estilos de desarrollo para América Latina», en *Estudios Internacionales*, vol. VII, núm. 25, enero-marzo 1974, págs. 57-77, y JORGE E. RAMÍREZ ALJARE: «Latinoamérica: ¿hacia un nuevo concepto de desarrollo?», en *El Tiempo* (Bogotá) 9-IX-1973.

(12) MIHAJLO MESAROVIC/EDUARD PESTEL: *Mankind at the Turning Point*, Londres, Hutchinson, 1975, pág. 11.

(13) E. F. SCHUMACHER: *Small is Beautiful. A Study of Economics as is People Matterd*, Londres, Blond & Briggs, 1973, págs. 275-279.

permanente de la población a un análisis crítico en vista de las posibilidades restringidas del planeta. Es muy dudoso que la Tierra pueda proveer de alimentos, vestido y vivienda a los 8.000 millones de habitantes del año 2000, pero aún más improbable a los 15.000 millones del año 2040 (14).

Si las naciones del Tercer Mundo tuviesen en su totalidad el ansiado estándar de vida de los Estados Unidos, los recursos mundiales de petróleo se agotarían probablemente en siete años y los de cinc en seis meses (15). La función genuinamente crítica de las ciencias sociales consistiría entonces en no cerrar los ojos frente a estas alternativas francamente negativas producidas precisamente por el progreso en gran escala, y esbozar posibilidades mucho más modestas, pero más viables a largo plazo. Hay que aprender a vivir con el conocimiento de que las metas más anheladas y aparentemente más positivas pueden transformarse en tendencias destructivas. Pero es preferible esta consciencia dolorosa a seguir viviendo de ilusiones falsas y peligrosas para generaciones posteriores.

(14) PAUL A. EHRLICH/ANNE H. EHRLICH: «Bevölkerungskontrolle Kontrolle: der Bevölkerung?» (¿Control de la población - control sobre la población?), en *Kursbuch*, núm. 33, octubre 1973, pág. 72.

(15) Mostafa TOLBA: «Los actuales estilos de desarrollo y los problemas del medio ambiente», en *Revista de la CEPAL*, núm. 12, diciembre de 1980, pág. 10.